



Si soy bueno en lo que hago es por la experiencia acumulada durante años, explica.

## JUAN OCHOA URGELLÉS

# El “inválido” de las zapatillas

Los vericuetos del destino y de un oficio han definido la vida de este hombre devenido todo un personaje en el mayabequense municipio de Jaruco

Texto y fotos: **IGOR GUILARTE FONG**

**H**AY veces que el hombre vale más por lo que obra con sus manos, que por la entereza de sus piernas. Por eso es justo destacar la actitud de Juan Francisco Ochoa Urgellés. Alguna vez, hace unos años, la vida le jugó una mala pasada; pero supo volver a erguirse, y hoy continúa sirviendo con la terquedad y valentía de los negados a “morir en vida”. Él cree que ser útil es el mayor mérito del ser humano.

A pesar de su nombre de pila tan común, nadie lo conoce por Juan, sino como El inválido. No le molesta que lo identifiquen con ese mote, “siempre y cuando no lo digan con sentido despectivo. Más bien la gente me llama así por amistad y confianza”, aclara.

Es mecánico profesional. Trabaja metódicamente, en silencio, con semblante severo, pero es hombre jovial. Su voz potente y palabra fluida dan fe de su energía interna. No es joven.

Tampoco viejo. Tiene 48 años, aunque muestra una calvicie más típica de alguien mayor. Tiene la piel –de su natural oscura– tostada, porque el sol para él no es un deleite veraniego o una efectiva terapia contra la frialdad de los huesos de las piernas. Es un castigo.

“Trabajo al sol. Termino cocinado. A veces he empezado a las siete de la mañana y he cerrado a la una de la madrugada. Es que viene gente de muy lejos y dejarla botada aquí, o decirle que venga al otro día, sería descortés de mi parte. Así que le doy y le doy hasta que todos se van con sus problemas resueltos. Aquí arreglamos todo lo que tiene que ver con frenos, emergencias, calzos de motores, calzos de parrillas... Por eso hay que tener la conciencia de hilar fino, porque lo mal hecho sale a la larga y hasta puede costar un accidente”.

Para llegar de la casa al puesto de trabajo solo necesita 10 vueltas de ruedas de su silla y medio minuto. Una y otro son lo mismo. Labora en un modesto taller levantado con esfuerzo propio, a un costado de su vivienda. Allí, ni letrero ni anuncio. “Eso a él no le hace falta –opina el cliente de turno– porque tiene un millón de gente”.

Su feudo se localiza en una cuña de tierra delimitada por la carretera, al frente, y la vieja línea del tren de Hershey-Jaruco, al fondo. El lugar es conocido por finca Vista Alegre, zona La Cucaracha, en la vía de San Antonio de Río Blanco, municipio de Jaruco.

“Yo antes vivía en Pueblo Nuevo, Holguín, y trabajaba como mecánico en la Base-Taller de Transminaz. Entonces me operaron de apendicitis y caí con una paraplejía no especificada, según la denominación médica. No se supo de qué fue. Eso me pasó con 21 años. Me retiraron por enfermedad. Luego mi mamá me trajo a vivir con ella aquí en Mayabeque.

“Trabajé en el servicentro de Jaruco y más tarde en Santa Cruz del Norte; siempre en lo mismo: la mecánica. Hasta que un buen día me sacaron del local donde estaba y acabé en la casa. Pensé que no podía rendirme y decidí montar un cuartico donde apenas me cabía la mesa de trabajo.

Así empecé a prestar este servicio, y poco a poco fui haciendo clientela.

“Ahora cada cinco minutos pasa alguien ahí por el frente y me pita. La mayoría de las veces ni levanto la cabeza para responder el saludo porque si no, no me concentro en lo que hago. Hay días que cuando llego al taller ya tengo cinco o seis carros esperándome. Qué lindo es ir por ahí y que la gente te salude. Una vez andaba por El Cotorro y me reconoció un hombre. ¿Cuánto no vale eso, eh? Hoy prácticamente me conoce Cuba entera”, dice orgulloso.

Ochoa Urgellés tiene fama cierta. De boca en boca los mismos choferes van recomendando su nombre como solución segura para los fallos de sus vehículos. Y como si no bastara, hace unos meses, en una de las habituales ediciones del viernes, en que el periódico **Granma** abre sus páginas a las cartas de sus lectores, se publicó un reconocimiento y gratitud por las prestaciones de este mecánico, aun sobreponiéndose a una limitación física.

“Aquí vienen de Santa Cruz, Güines, San José, Bejucal, Artemisa, La Habana, Matanzas... Creo que desde Jovellanos hacia acá me conoce todo el mundo. Esto a veces parece un cementerio de carros, por la cantidad que coinciden. En una ocasión llegamos a contar 45 vehículos. Es el récord para una jornada”, ilustra, como si hablara de una estadística deportiva.

### Artesano de gomas rotas

El inválido viste overol azul. Lo usa abierto a nivel del pecho, “porque las



**Su invalidez no es absoluta; tiene sensibilidad en sus extremidades inferiores y sentado logra dominio sobre ellas. La dificultad aparece al ponerse de pie, cuando pierde la movilidad.**

temperaturas están a millón” y así amortigua el calor. Entre dientes mantiene un tabaco apagado. Lo prende a ratos. “Sí, fumo tabaco, pero no tomo ron”, acota. Sus manos parecen tener guantes de grasa negra y cargan las cicatrices del crudo oficio.

Las zapatillas de freno son su especialidad. Su técnica consiste en sacar de rústicos y duros dados de goma las diversas embocaduras que se ajustan en los embragues. Grandes, medianas, pequeñas... zapatillas de todos los tamaños y modelos brotan de sus manos lo mismo que el barro cobra vida en las de un artista alfarero. “La materia prima es básicamente gomas botadas. Mira, como esas de tractor que están allá tiradas. Las reciclo enteras o en recortería”.

Sus ayudantes se encargan de fragmentarlas en cuadrados, a golpe de martillo sobre machete. Sudan la gota gorda. En un artefacto –un motor de secadora de lavadora que hace girar una peonza puntiaguda a gran velocidad– fruto de su capacidad innovadora, va sacando formas de los dados de goma con afiladas cuchillas, igualmente diseñadas por él para aplicar diferentes cortes.

Con tiza traza la ruta de la incisión y un pedacito de madera le sirve de apoyo y guía. Las zapatillas brotan en un minuto. Las confecciona como



**Con rudimentarios instrumentos, gomas recicladas, ingenio y mucha voluntad, Juan Francisco hace brotar zapatillas de frenos que suplen piezas de repuesto originales.**



**Afirma que se cuida como gallo fino: “Sí, puedo cortarme con una cuchilla, pero nunca he tenido un accidente de trabajo debajo de un carro. Si no está bien calzado, no me meto”.**



**Una vez que examina el funcionamiento correcto del sistema de frenos, avisa a su asistente para que lo ayude a salir.**

de memoria. Aun hace que el proceso de creación parezca sencillo a la vista de los demás. Pero no es tal. “Si soy bueno es porque llevo años en esto, estoy haciendo zapatillas desde los 16. Así que más o menos tengo los conocimientos para eso”, comenta.

Con su valioso reciclaje, ingenio y fuerza de voluntad concibe los impresionables aditamentos. Y con estos, en buena medida, contribuye a que camiones, ambulancias, guaguas u otros medios de transporte –que no tienen cobertura de piezas de repuesto– se mantengan en movimiento.

Al lado de la mesa de trabajo tiene su sillón de ruedas. Al ver su figura uno se pregunta –en principio– si puede ser un mecánico de ley, activo, diligente. Y lo es en realidad. “Atiendo a todo el que viene, sea estatal, particular; camión, guagua, moto... Me meto debajo del carro, saco una goma. Estuve como 10 años trabajando solo y aunque ahora tengo dos ayudantes que me liberan de algunos esfuerzos, al final soy el que debe dar el visto bueno del arreglo para que el cliente se vaya complacido.

“Hay cosas que las hago no sé si porque soy atrevido o porque me gusta mi trabajo. Esto de las zapatillas no es tan complicado, porque se hace sentado. La mayor exigencia es cuando tengo que meterme debajo del carro. Pero igual me tiro y después le pido a los ayudantes o a los mismos choferes que me halen por los pies.

“Me siento bien con el trabajo porque es súbete, bájate, métete aquí, allá... Es decir, tengo actividad. Si estuviera sentado en la silla de ruedas, en casa, probablemente estuviera peor, gordo y comido por las escaras.

Es verdad que caigo mata’o en la cama. Duermo y descanso hasta el otro día. Pero cuando no trabajo siento unos dolores en las piernas que me muero. La mujer tiene que darme masajes para que se me alivien. Para que tú veas que el cuerpo es malagradecido. Se adapta a lo malo”, dice entre risas.

### **Filosofía de vida**

“La vida es dura –valora– y no me gusta ser un mantenido ni depender de nadie, aunque agradezco todas las ayudas que me han dado mis familiares y amigos. Está claro que para quien recibe un golpe tan duro como el mío se le vuelve un trauma psicológico. Imagínate tú: con lo que me gustaba montar bicicleta, bailar, andar por ahí... Cuando quedé sin poder caminar, quise morirme. Por esa situación perdí matrimonio y todo.

“Caí en un gran bache. Hasta que un día me vino a ver Mario, un amigo. Él era combatiente y había perdido una pierna. Me vio hecho una piltrafa humana. ‘Estás así porque te da la gana, puedes salir del hueco y si no tienes el valor para eso estás por gusto’. Me dijo hasta del mal que iba a morir. La verdad es que, mientras uno tenga las manos y el ‘coco’ buenos, no merece la pena echarse a llorar. Me llené de valor y salí del hueco”, enfatiza.

Este hombre es un ser profundamente agradecido. No se cansa de agradecer, en primer lugar, a los suyos: sus padres y hermanos, que estuvieron de manera incondicional a su lado durante el proceso de adaptación a su nueva condición físico-motora. “Fueron unos años negros. No quiero ni acordarme de lo que pasé”, confiesa.

También recuerda la ayuda recibida de mucha gente, del Partido y la Aclifim de Jaruco, en especial de Oscar Tedechea, quien desempañaba entonces el cargo de presidente. “Hoy me mantengo afiliado a dicha asociación. Nos atienden bastante bien, dentro de lo que cabe”, señala.

“Fíjate, lo mío es trabajo por cuenta propia, pero en la vida no todo es dinero. Hay que ayudar a quien se pueda. Eso lo tengo más claro desde que enfermé. Cuando he tenido dificultades para conseguir los medicamentos cualquiera me hace el favor de buscármelos. Cuando he tenido que ir al hospital me han auxiliado con un carro para llevarme. Entonces uno tiene que ser agradecido. Por eso no siempre cobro el trabajo que hago.

“A las ambulancias, por ejemplo, no tengo el valor de cobrarles los 10 pesos que vale la zapatilla, porque es un medio que todos necesitamos. Unas cuantas veces los ambulancieros me llevaron al Julito Díaz, al Amejjeiras, y me trajeron de vuelta a casa. Sin conocerme me prestaron un enorme servicio cuando necesité de ellos. ¿Cómo me voy a olvidar de eso? Tienes que saber tender la mano cuando a ti te la han tendido antes.

“Pudiera decir que se me cerró una puerta, pero se me abrió otra. Y no es que me alegre de que me sucediera esto. Yo cambiaría todo lo material que tengo por salud. La salud es lo primordial. Pero un día sacaba la cuenta con mi mamá y le decía: cuando estaba bueno y sano en Holguín, ¿quién yo era? Hoy tengo prestigio, levanto mi casa con buenas condiciones, tengo vida. Todo lo he luchado con mis manos. Sí, con mucho trabajo y sacrificio, pero he salido adelante”. ●